

TORRES EL TRUJIMÁN Y RODRIGO EL VIGÍA

José Emilio Iniesta González

La magnífica exposición “Luces de Sefarad”, sobre la Judería de Lorca, debe hacernos recordar que el primer murciano que pisó tierras americanas fue un hombre de origen judío, Yosef ben ha-Leví Haivrí, si bien en 1492, ya convertido al Cristianismo, había cambiado su nombre por el de Luis de Torres. Pocos personajes tan fascinantes y enigmáticos como este, del que en realidad sabemos muy pocas noticias ciertas. Torres había actuado previamente como “trujimán” al servicio del Adelantado Mayor del Reino de Murcia, lo cual lo certifica como buen traductor y hombre ducho en lenguas. Al parecer dominaba el hebreo, el caldeo (actualmente más conocido como arameo), el árabe y el latín. En aquella época a estos hombres versados en idiomas se les denominaba “trujimanes”, palabra derivada del árabe “taryumán” (traductor, intérprete). No obstante en 1492 estaba asentado en Moguer y casado con Catalina Sánchez: quizás esa fue la causa de que Colón lo reclutara, o tal vez había marchado allí al recibir órdenes de la “superioridad”.

En todo caso parece lógico que el navegante y aventurero Cristóbal Colón llevase consigo a un experto en lenguas. Partiendo de la idea errónea de que nuestro planeta es más pequeño de lo que realmente es, el almirante pensaba llegar a las costas de Asia, las por entonces llamadas “Indias” (Japón, China, Indochina y el subcontinente indio), en donde, presumiblemente (y siempre con la mentalidad de la gente de aquel tiempo), esperaban hallar personas versadas en alguna lengua semítica. La imagen de un Luis de Torres dirigiéndose a los indígenas de la isla de Guanahaní en hebreo o árabe, intentando traducir al pie de la letra las palabras de Colón, puede parecer novelesca, fruto de una mente fabuladora, y sin embargo es casi seguro que algo así

tuvo lugar, aunque sin ningún resultado. Aquellos indios no comprendían tales idiomas (ni tampoco caldeo ni griego o latín), además de ir desnudos (¿dónde estaban las ricas sedas chinas?), vivir en modestas chozas (¿dónde se alzaban las grandes ciudades y colosales murallas descritas por Marco Polo?) y ser de piel más bien cobriza y no amarilla, en contra de lo asegurado por el legendario mercader veneciano. En realidad los cálculos de Colón estaban equivocados “tan sólo” en unos 10.000 kilómetros, pero, ¡bueno!, un pequeño error lo comete cualquiera.



Las tres carabelas surcando la mar.

No obstante la frustración de no poderse entender fácilmente con los nativos, para el almirante de la Mar Océana (título concedido por los Reyes Católicos a Cristóbal Colón), Luis de Torres debía de ser un elemento valioso de la tripulación de las tres carabelas. Se sabe que fue enviado al interior de la isla junto a un tal Rodrigo de Jerez con el objetivo de buscar oro el dos de noviembre de 1492: los indígenas de la costa no hablaban hebreo o árabe, de acuerdo, pero quizás en otros poblados alguien conociese alguna de esas lenguas. O tal vez, y esa hipótesis me parece más plausible, un hombre como Torres, con gran facilidad para el aprendizaje idiomático, ya hubiese conseguido hacerse con un vocabulario básico para

poder entenderse con los habitantes de la isla, acaso unas pocas frases con las que entablar una comunicación mínima. En cuanto a ese tal Rodrigo de Jerez... ¿se trataría del controvertido Rodrigo de Triana? Los exploradores no encontraron oro, pero a cambio trajeron hojas de tabaco y aseguraron haber visto a gentes que las fumaban (“hombres chimenea”, los describieron, ante la incredulidad de sus camaradas).

Luis de Torres (o Yosef ben ha-Leví) formó parte del grupo de hombres que permaneció en tierras americanas cuando Colón y los suyos partieron de regreso a España el 4 de enero de 1493. Ese primer asentamiento, llamado de “La Navidad”, acabó de forma catastrófica debido a la climatología, las peleas entre los propios españoles y un ataque de los indígenas en represalia por el secuestro de varias mujeres nativas a manos de los expedicionarios más rijosos. Existe la tradición de que uno de los colonos aconsejó a los indios que no hicieran caso a los misioneros, hablando mal del Cristianismo. Para Alicia Gould ese hombre debió de ser Luis de Torres, representante de los judíos que se convirtieron de mala gana al Catolicismo, forzados por las circunstancias. Pero sea este hecho realidad o leyenda, el rastro de Torres se pierde en 1493. Algunos creen que murió ese mismo año o el siguiente; otros, sin embargo, piensan que pudo vivir bastantes años más, y así, Kayserling asegura que Luis de Torres recibió un importante lote de tierra en la isla de Cuba hacia 1514, aunque parece que confunde a nuestro paisano con otro colonizador del mismo nombre. Sí está atestado que su viuda, Catalina Sánchez, recibió una considerable indemnización en 1508, por lo que se estima que debió de morir con anterioridad a dicho año.

La personalidad de un Luis de Torres judaizante nos invita a relacionarla con la del morisco Rodrigo de Triana... aunque no parece que ese fuera su verdadero nombre.

Escurrizado, desconcertante y con una personalidad envuelta en las brumas de la historia, el marino al que conocemos como Rodrigo de Triana quizás se llamó en realidad Juan Rodríguez Bermejo, sevillano, aunque no fuese natural del barrio de Triana, en donde en cambio sí pudo residir. Tal vez naciese hacia 1469, así que debía de contar unos 23 años en el momento del Descubrimiento. Ciertos indicios inducen a pensar que su padre pudo ser un alfarero llamado Vicente Bermejo, quemado por la Inquisición mientras su hijo surcaba esos mares de Dios; también habría sido quemado junto a él un tal Mudarra, marinero morisco que le había enseñado al joven Juan Rodríguez las artes de la navegación. El desajuste de apellidos no debe extrañar, pues la gente disponía aún en esos tiempos de libertad para alterar lo que para nosotros es hoy el orden lógico de los patronímicos. En cuanto a Triana, era el barrio de los marinos y alfareros de Sevilla, mudéjares y moriscos estos últimos.

Otros, sin embargo, aventuran que Rodrigo de Triana se llamó Rodrigo Pérez de Acevedo, natural de la localidad de Lepe... ¡y no es chiste, que conste! De familia menos desventurada que la del anterior, también se trató de un morisco (musulmán converso al Cristianismo, a veces de muy mala gana).

Esta última es la opinión del conquistador y cronista Gonzalo Fernández de Oviedo en su magna “Historia de las Indias”, y en ese dato se basaron en Lepe para incorporar a su escudo la figura de un vigía en lo alto de un mástil.

Rodrigo de Triana (llamémoslo así) fue el primero en avistar tierra desde la carabela Pinta, ya que en aquel momento, dos de la madrugada del 12 de octubre de 1492, era ese el navío que iba en cabeza. Los expedicionarios habían llegado a la isla de Guanahaní, que Colón rebautizó como San Salvador, en el archipiélago de las Bahamas. Parece ser que había prome-



Rodrigo de Triana oteando el nuevo mundo.

tida una recompensa de 10.000 maravedíes a quien primero divisara las tierras de ese nuevo mundo que erróneamente seguía situándose en “Cipango” (actual Japón) o “Cathay” (China), pero Rodrigo jamás la cobró íntegra porque el propio almirante Colón aseguró ser él quien la avistó antes. Esta habría sido una de las muchas irregularidades por las que al fin Cristóbal Colón acabó acusado ante la justicia y cargado de cadenas, aunque pronto lograrse la libertad debido al renovado favor de los reyes.

Rodrigo prosiguió su vida de avezado marino, y se sabe que en 1525 acompañó a Jofre García de Loáisía en la expedición a las islas Molucas. Sin embargo al final de su vida marchó a tierras de Marruecos, donde se convirtió al Islam, asegurando ser hijo del navegante Mudarra. Extraña historia la de este hombre

singular, a quien le tocó vivir una época fascinante a la par que dura, una época que cambió para siempre el curso de la Historia.

Murcia tiene una calle dedicada al “marinero” Luis de Torres... supongo que se trata de nuestro trujimán o experto en lenguas, y marino, sí, también marino, evidentemente, ya que los tres meses de travesía a bordo de una de las carabelas de Colón debieron de equivaler a toda una larga vida de lobo de mar. Rodrigo de Triana, cuyo lugar de nacimiento se disputan Sevilla, Lepe e incluso Jerez, fue el primer español abocado al espejismo de creer divisar las Indias cuando en realidad estaba viendo un continente no previsto. Un Luis de Torres que en el fondo seguía llamándose Yosef ben ha-Leví Haivrí. Un Rodrigo de Triana que en realidad no se llamaba de esa manera, sin que aún hoy sepamos a ciencia cierta cuál fue su verdadero nombre. Dos hombres a quienes imaginamos dotados de una fuerte personalidad, pero a la vez con una identidad difusa, desdibujados en la bruma de una época imprecisa, que ya no era Edad Media pero que aún no podemos llamar propiamente Renacimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, J.R.: *Rodrigo de Triana*. Editorial Luis vivos. Zaragoza, 2006.
- FERNÁNDEZ DE CASTILLEJO, F.: *Rodrigo de Triana*. Editorial Clydoc. Buenos aires, 1945.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M.: *Viajes de Cristóbal Colón*. Espasa-Calpe. Madrid, 1934.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G.: *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*. Imprenta de la Real Academia de la Historia. Madrid, 1851. – acceso público a través de la Biblioteca virtual Cervantes -
- GOULD QUINCY, A.: *Nueva lista documentada de los tripulantes de Colón en 1492: Luis de Torres*. Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid, 1927.
- KAYSERLING, M.: *Christopher Columbus and the participation of the Jews in the spanish and portuguese discoveries*. –traducción de Charles Gross– Nueva York, 1894.
- WIESENTHAL, S.: *Operación nuevo Mundo*. Aymá. Barcelona, 1976.